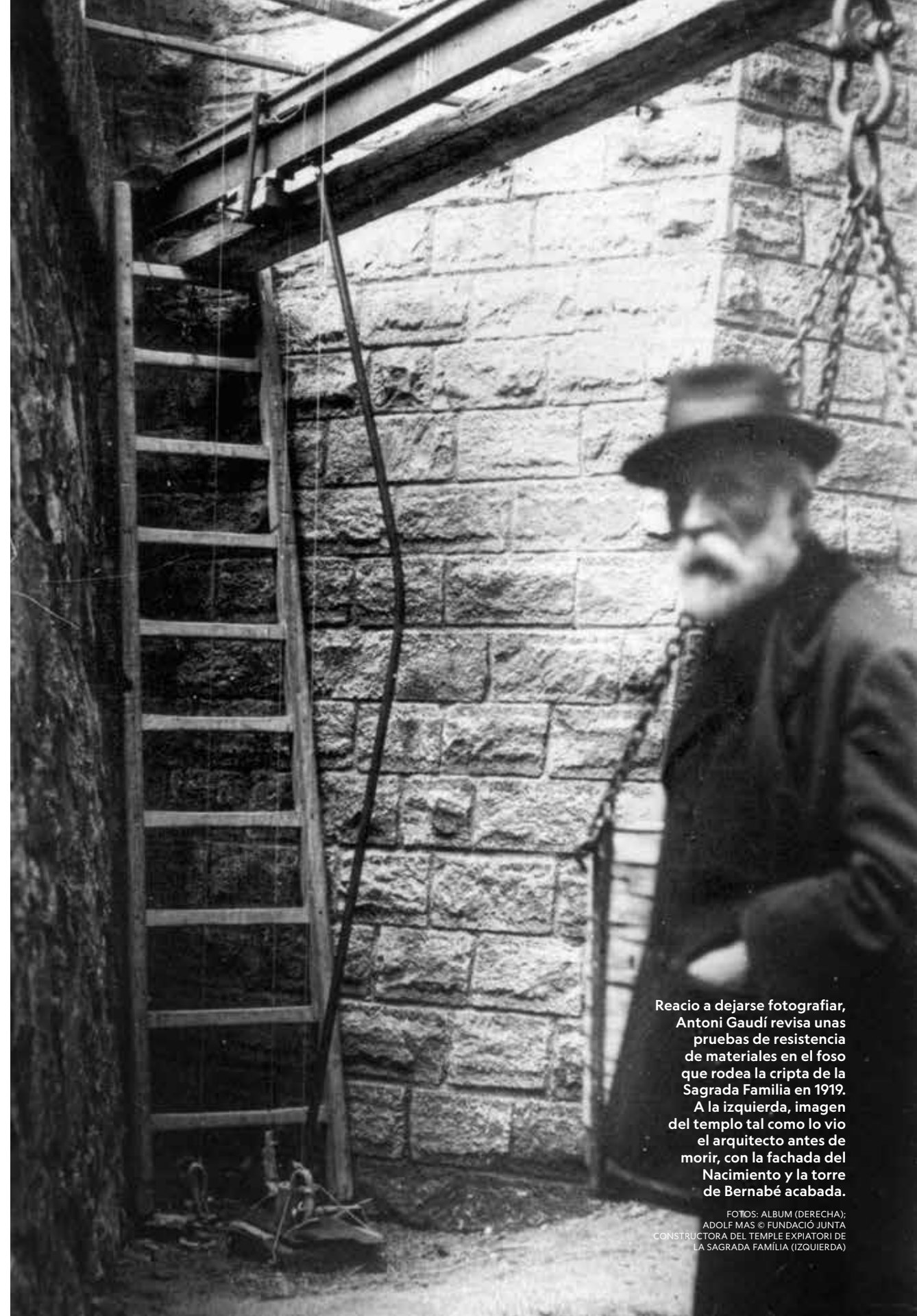




UN DÍA EN LA VIDA DE GAUDÍ

Gaudí nunca escribió sobre arquitectura y tampoco dejó documentos en los que diera testimonio de sus días. Pero a través del archivo personal de su secretario y de lo que narraron quienes lo conocieron de cerca es posible dibujar una jornada del genio en el recinto de la Sagrada Familia, a la que se dedicó en exclusiva desde 1914 hasta el final de su vida.

Texto de
CHIARA CURTI



Reacio a dejarse fotografiar, Antoni Gaudí revisa unas pruebas de resistencia de materiales en el foso que rodea la cripta de la Sagrada Familia en 1919. A la izquierda, imagen del templo tal como lo vio el arquitecto antes de morir, con la fachada del Nacimiento y la torre de Bernabé acabada.

FOTOS: ALBUM (DERECHA); ADOLF MAS © FUNDACIÓ JUNTA CONSTRUCTORA DEL TEMPLE EXPIATORI DE LA SAGRADA FAMÍLIA (IZQUIERDA)

1914. ANTO GAUDÍ, EN PLENO AUGE de su fama, decide dedicarse en exclusiva al Templo Expiatorio de la Sagrada Familia. Tiene 62 años y su vida, que desde los 31 discurría alternando el proyecto de la iglesia con encargos de casas suntuosas y obras como el Park Güell y la Colonia Güell, cambiaría para siempre.

También el mundo estaba cambiando. Europa había entrado en una cruenta guerra. Por el contrario, Barcelona, debido a la neutralidad de España, aceleraba su pulso industrial y la burguesía catalana se enriquecía cada día más. Pero en el recinto de la Sagrada Familia la realidad era otra. El templo, cuya construcción dependía de limosnas que provenían de los fieles más humildes, sufría una grave crisis financiera que amenazaba con detener la obra y despedir a los trabajadores. Pero para Gaudí, dueño de una voluntad férrea y de unos principios inquebrantables, claudicar nunca fue una opción.

No solo impidió cualquier despido, sino que, convencido de la necesidad de dar a conocer el porvenir de una obra que muchos describían como una ruina, contrató a Joan Martí Matlleu como secretario. Tenía 30 años menos que él, era catedrático de la Escuela de Comercio de Barcelona y un experto taquígrafo. Compartía su vocación de constructor de catedrales, un cometido que sentía como designio divino, ya que algunos de sus antepasados habían participado en la edificación de la iglesia de Santa María del Mar. Trabajaría junto al genio hasta su muerte en 1925, siguiendo sus pasos por las obras del templo y convirtiéndose en su hombre de confianza.

Fiel testigo de sus días, el archivo de Martí Matlleu describe la vida en el recinto de la Sagrada Familia, donde se construye piedra sobre piedra «para la gloria de Dios». Y a un Gaudí que, como él decía de sí mismo, trabaja «como un monje», dando a entender que se basa en el *ora et labora* sobre el que se ha fundado las grandes abadías catedrales. Algo que Martí Matlleu entiende perfectamente porque es oblat benedictino. El secretario lo anota todo. Registra los gastos del personal del templo, los salarios –aunque nunca aparecen ni el suyo ni el del arquitecto–. Transcribe textualmente las palabras de Gaudí.

Es a partir de sus notas taquigráficas y de otros recuerdos de quienes lo trataron que podemos ordenar episodios vitales como si fueran las horas de una jornada.

UNA MAÑANA CUALQUIERA de 1914, Gaudí acude al templo desde el Park Güell, donde vive desde 1906. Antes de salir, se detiene ante una imagen que ha colocado en una hornacina de la casa: es san Antonio de Padua, el franciscano que reparte limosna entre los pobres.

Le gusta caminar y bajar por el mismo sendero de tierra que siguen los pastores para llevar sus productos a la ciudad. Cuando llega a la Sagrada Familia, le espera su gente. Al templo lo llaman «la Catedral de los pobres», pues tanto en los alrededores como dentro del recinto acuden muchos mendigos a pedir limosna. Gaudí se propone dignificarlos como vendedores: les aconseja dónde situarse para conseguir mayor recaudo, les propone qué vender, desde cerillas hasta productos alimentarios, y organiza con Martí Matlleu sus turnos. También improvisa un huerto detrás del ábside para ellos.

Como hace todas las mañanas al llegar, recorre la obra mientras su secretario anota sus palabras, sus órdenes, gestos e ideas. Va de taller en taller y saluda a cada obrero por su nombre, los conoce bien. Todos lo llaman «Maestro». Si alguien no entiende cómo debe realizar un trabajo, Gaudí se lo explica haciéndolo manualmente con él, hasta el punto de que algún visitante lo confunde con un trabajador más. A diferencia de otras construcciones donde los obreros cambian cada día, en la Sagrada Familia el arquitecto ha creado un equipo estable de trabajadores que llegan a formar una verdadera familia. Defiende esta buena práctica, argumentando que su gente ha aprendido técnicas, como las exigidas para operar en altura sin marearse y que eso debe ponerse en valor.

Protege sus condiciones laborales, algo inusual en la época, contratando a los jornaleros en invierno y asegurando así su sueldo, aunque lleve o la meteorología sea adversa. En un contexto social en que no hay pensiones ni subsidios, no jubila a los mayores, sino que les ofrece tareas como repartir agua entre los trabajadores.



Arriba, visita de Francesco Ragonesi al templo en 1915; el nuncio describió a Gaudí como «el Dante de la arquitectura». Abajo, en 1912 Gaudí muestra la Sagrada Familia a un grupo de amigos, entre ellos poetas y políticos. Derecha, los modelos para las esculturas de la fachada del Nacimiento se acumulan en el obrador.

A los jóvenes que por sus ideas políticas están en riesgo de exclusión les encarga tomar fotografías o ir de arriba abajo por la obra haciendo de mensajeros, convirtiéndolos en testigos de todo lo que sucedía. La caridad, que defiende con sus acciones, no es solo un gesto que se pide para la construcción del templo, sino algo que crece en el interior de la Sagrada Familia.

TRAS LA VISITA A LOS TALLERES, Gaudí y Martí Matlleu se dirigen al obrador, un edificio de ladrillo que el arquitecto ha construido cerca del ábside. El secretario se queda en la planta baja abriendo la correspondencia o preparando las visitas mientras Gaudí sube a la primera planta, su estudio. Sobre la mesa tiene un cuaderno para cálculos y dibujos. Durante unas horas trabaja



en soledad imaginando el templo del futuro. Le da vueltas a las imágenes de la fachada del Nacimiento, quiere darles más vida: no basta con modelarlas sobre personas reales, las imagina capaces de moverse. Así, llega a concebir unos querubines cuyas alas se mezan con el viento.

Al mediodía se reúne con los maquetistas y escultores, con quienes materializa soluciones imaginadas en las horas anteriores. Lo prueba toda una y mil veces. Vive inmerso en maquetas y yesos para las esculturas a las que llama «maquillas».

Se alegra de las visitas. Uno de los más asiduos es el sacerdote Josep Torras i Bages, amigo y figura fundamental en su espiritualidad que le había ayudado a salir de una profunda crisis personal. Recibe también a poetas, como Joaquim Ruyra, Josep Carner o Joan Maragall.

Capítulo aparte merecen los estudiantes de arquitectura que acuden a verlo al templo y que posteriormente recuerdan cómo, «entre una orden al ayudante y otra al modelista», Gaudí explicaba «sus concepciones teológico-artísticas». Esas conversaciones los marcaron hasta el punto de que, tras la muerte del arquitecto, fueron los primeros en querer continuar la obra de la Sagrada Familia, autodenominándose «los discípulos de Gaudí». Viven su amistad, forjada durante largos paseos junto a él cuando sale del templo o en las mañanas de los días festivos, como un privilegio que los llevaría a escribir biografías, recoger memorias o dar conferencias para contar lo que habían aprendido de él: sus ideas de cómo proseguir con la obra; sus diálogos; las palabras exactas con las que relacionaba arte, arquitectura e historia. También apuntan curiosidades más prosaicas, como que a Gaudí le gustaba beber leche con una rodaja de limón o guardar unas avellanas en el bolsillo para tomar un momento en cualquier momento del día.

El propio Gaudí los había animado a actuar como embajadores de su obra. Vivía rodeado de jóvenes y amaba su vitalidad. En cambio, no soportaba que fuesen los intelectuales quienes la explicaran. Un día, en el intermedio de un concierto en el Palau de la Música Catalana –impulsado por el Orfeó Català, donde acudía con frecuencia–, su secretario le comunicó varias peticiones para dar conferencias. Gaudí respondió que no debía darlas y que prefería que hablaran los estudiantes de arquitectura: los académicos, dijo, no sabrían explicar su obra.

LAS VISITAS GUIADAS a las obras del templo expiatorio ocupan buena parte de las tardes de aquel 1914. Entre los guías que las acompañan se encuentran Gaudí y Martí Matlleu, pero también los jóvenes estudiantes y los patrones de la junta constructora. Todos saben que Antoni Gaudí es el arquitecto que marca el rumbo de la obra y que el avance de los trabajos es el resultado de su dirección, pero él no se siente cómodo con esa atribución y le gusta contestar a quienes le preguntan: «No soy yo quien construye la Sagrada Familia; es la Sagrada Familia la que me construye a mí».

CON LOS AÑOS. Gaudí selecciona un círculo de amigos que aman la Sagrada Familia. Al fin de semana participan juntos en las celebraciones eucarísticas. Su preferida es la misa familiar, a la que acude Martí Matlleu con su esposa y sus cinco hijas, y a la que sigue un almuerzo en el que usan como mesas improvisadas las piedras aún por desbastar, y como asientos, los bancos de la cripta. Las gárgolas destinadas al ábside, todavía en el suelo a la espera de ser colocadas, son como un parque infantil en el que los niños pueden jugar y subirse a un caracol de tres metros! Si un día se rompe una antena del cable de seguridad, es igualmente en el lugar para el que está destinado sin ese detalle difícil de apreciar a 30 metros de altura. En el mundo extraordinario del genio, es más importante gozar de la risa de un niño.

En este devenir de rutinas, cada día es igual, pero siempre nuevo. El ritual es el mismo: el saludo a los obreros, el trabajo a solas, la comida frugal, las visitas. Pero con el paso del tiempo, todo en aquel microcosmos se transforma. Crecen la obra arquitectónica y también la responsabilidad que sentía por ella el personaje principal de aquel escenario: Antoni Gaudí.

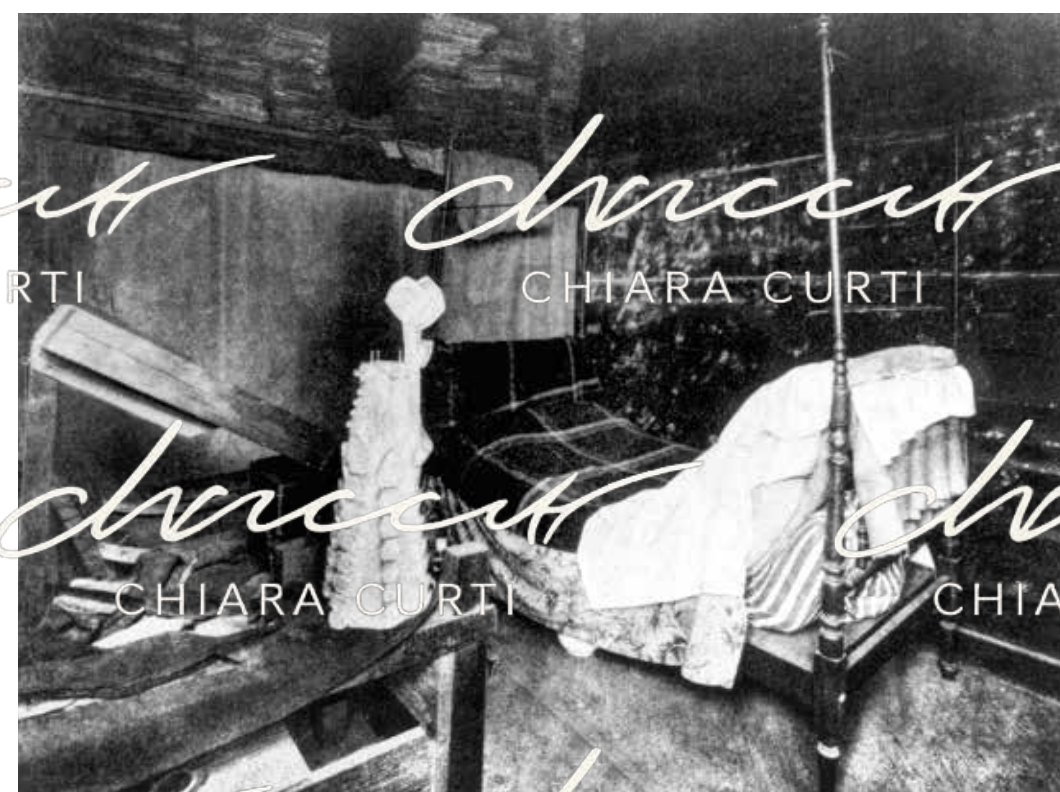
Desde 1914 hasta 1926, el año de su muerte, la Sagrada Familia fue el reflejo de la evolución íntima y personal del arquitecto y de su fe cada vez más profunda. Creció en él la certeza de que solo Dios era su guía y que trabajar para Él era una invitación a la caridad y a la pobreza. Es en el templo donde Gaudí se despoja de lo superfluo y decide cómo quiere estar en el mundo.

Por este motivo, para cerrar su día en estas páginas nos trasladamos a los meses en que el propio templo cobijó los sueños del genio. Desde noviembre de 1925 Gaudí ya no regresa al Park Güell cuando acaba la jornada. Se queda a dormir en el taller-obrador de la Sagrada Familia. La estancia que ha pasado a la historia de su pequeña habitación –con su cama inclinada, una colección de revistas de todo el mundo y la maqueta de la torre de Bernabé, la única que verdadera terminada– refleja la austeridad de los últimos días del genial arquitecto, y de sus noches. □

Chiara Curti, arquitecta e historiadora del arte, es autora del libro *Mi Gaudí. La biografía escrita por sus amigos*.



Izquierda, el estudio de Gaudí en la Sagrada Familia, de cuyo techo cuelga un lagarto de yeso utilizado como modelo para las gárgolas del ábside. Abajo, la cama en la que el arquitecto dormía en el obrador, con la maqueta de la torre de Bernabé y una colección de revistas internacionales a las que estaba suscrito.



FOTOS: ALEU © FUNDACIÓ JUNTA CONSTRUCTORA DEL TEMPLE EXPIATORI DE LA SAGRADA FAMÍLIA (ARRIBA); © FUNDACIÓ JUNTA CONSTRUCTORA DEL TEMPLE EXPIATORI DE LA SAGRADA FAMÍLIA (ABAJO)



DESCUBRE MUCHO MÁS CONTENIDO E IMÁGENES EXCLUSIVAS EN NATIONALGEOGRAPHIC.COM.ES